
SELECCIÓN DE TEXTOS

Etty Hillesum

DIARIO

Viernes, 12 diciembre 1941, 9 de la mañana.

Nos quejamos mucho de la oscuridad de por la mañana. Pero para mí es, quizá, la hora mejor, cuando el día comienza a perfilarse, gris y silencioso, en mis pálidas ventanas. Un solo toque de luz vive en toda esta grisalla y la tulipa brillante de mi lamparita ilumina el gran escenario negro de mi despacho. Al menos, la semana pasada, para mí era la mejor hora. Estaba sumergida en *El idiota*; con mucha seriedad traducía algunas frases en un cuaderno, tomaba algunas rápidas notas de lectura y, de repente, daban las diez y me decía a mí misma: sí, así es como hay que trabajar, con esta concentración, ésta es la solución. Esta mañana, paz profunda en mí. Como después de una tormenta. La calma vuelve siempre. Después de unos días de vida interior intensa, de búsqueda de claridad, de alumbramiento doloroso de frases y de pensamientos que rehúsan venir al mundo, de enormes exigencias cara a cara conmigo misma y de prioridad absoluta de una búsqueda de una forma personal, etc. De repente, todo esto se desvanece, una fatiga bienhechora baja sobre mi mente, el embrollo ha cesado para dar paso a una especie de dulzura, incluso hacia mí misma; un velo me envuelve y los ecos de la vida se me antojan más amortiguados, más amables también. Y me siento imbricada en la vida. Y ya no soy yo en particular la que quiero o debo hacer tal cosa: la vida es grande, buena, apasionante, eterna y, al concederse tanta importancia a uno mismo, al agitarse y debatirse, uno puede pasar de largo al lado de esa grande, poderosa y eterna corriente que es la vida. En esos momentos –que me colman de gratitud–, es cuando todas las aspiraciones personales caen, donde mi sed de saber y de conoci-

miento se aplacan y donde, con un aleteo, un poquito de eternidad viene a sobrevolarme. Por supuesto, sé perfectamente que esto no dura. Se habrá esfumado quizá en media hora, pero, de todas formas, me habré cargado de fuerza. Esta dulzura, esta dilatación del ser, ¿se deberán a las seis aspirinas que he tomado para combatir una fuerte migraña, al juego de Misha o al cálido cuerpo de Han donde me he sepultado literalmente esta noche? ¿Quién podría decirlo y qué importa? Estos cinco minutos me pertenecen aún. A mi espalda, el reloj de pared hace tic-tac. Los ruidos de la calle me golpean como una lejana resaca. Una lámpara redonda de luz blanca, de los vecinos de enfrente, atraviesa el día lívido de esta mañana lluviosa. Aquí, delante del gran escenario negro de mi despacho, me siento como en una isla, separada del mundo. La joven Marocane de cabellos negros fija la mañana grisácea con una mirada sombría, grave, animal y serena a la vez ⁽¹⁾ ¿Qué importa si estudio una página más o menos? Lo esencial es estar a la escucha de mi ritmo propio e intentar vivir respetándolo. Estar a la escucha de lo que aparece. Nuestros actos, a menudo, no son más que imitación, deberes supuestos o una representación errónea de lo que debe ser un ser humano. La única verdadera certeza con respecto a nuestra vida y nuestros actos no puede venir sino de fuentes que brotan del fondo de nosotros mismos. Lo digo en este instante con mucha humildad y gratitud y lo pienso profundamente (incluso sabiendo que enseguida volverá mi rebeldía y seré desollada viva): «Dios mío, te doy gracias por haberme hecho como soy. Te agradezco haberme dado a veces esta sensación de dilatación, que no es otra cosa que el sentimiento de estar llena de ti. Te prometo que toda mi vida no será más que aspiración de realizar esta bella armonía y de obtener esta humildad y este amor en mis mejores momentos», y ahora, a servir el desayuno, a terminar de preparar la lección de Levi, y a pintarme un poco la cara. (págs. 89-91) ⁽²⁾

3 de julio 1942.

¡Ah! tenemos todo esto en nosotros: Dios, el cielo, el infierno, la tierra, la vida, la muerte y los siglos, muchos siglos. Las circunstan-

cias exteriores forman un decorado y una acción cambiantes. Pero lo llevamos todo en nosotros, y las circunstancias no desempeñan nunca un papel determinante. Siempre habrá situaciones buenas o malas que aceptar como un hecho consumado –lo que no impide a nadie consagrar su vida para mejorar las malas. Pero es preciso conocer los motivos de la lucha que llevamos adelante, y empezar por cambiarnos a nosotros mismos y volver a empezar todos los días.

Antes, creía que tenía que producir un cierto número de pensamientos al día; ahora tengo la sensación de ser un terreno baldío, estéril, pero extendido bajo un vasto cielo, alto y tranquilo. Así es mejor. Ahora desconfío de esa profusión de pensamientos brotando, prefiero estar de vez en cuando en terreno baldío y en espera. Han sucedido una enormidad de cosas en mí estos últimos días, pero todas ellas han acabado por cristalizar entorno a una idea. El lamentable final que probablemente nos aguarda, y que desde ahora se deja ver en las pequeñas cosas de la vida corriente, lo he mirado de frente, y le he concedido un lugar en mi sentimiento de la vida, sin que por ello éste se haya visto menguado. No estoy amargada ni indignada, he conseguido vencer mi abatimiento y no sé lo que es la resignación. Sigo progresando día a día, sin que hayan aumentado los obstáculos, aun teniendo muy presente la perspectiva de nuestra aniquilación. No me llenaré más de bonitas fórmulas que se prestan siempre a malentendidos: «ya he saldado mis cuentas con la vida, no puede ocurrirme nada más, además, no se trata de mí personalmente, poco importa quien muera, yo o cualquier otro, lo que importa es que alguien muere».

Esto es lo que digo yo a menudo en mi entorno, pero no tiene mucho sentido y no expresa claramente lo que quiero decir – y en el fondo no importa.

Cuando digo «ya he saldado mis cuentas con la vida» quiero decir que la eventualidad de la muerte está integrada en mi vida. Mirar la muerte de frente y aceptarla como parte integrante de la vida es tanto como ensanchar la vida. Y al revés, sacrificar una parte de la

vida por miedo a la muerte y por negarse aceptarla es la mejor manera de no preservar más que un pobre y pequeño fragmento de vida mutilada que apenas merecería llamarse vida. Parece paradójico: al excluir la muerte de nuestra vida, nos privamos de una vida completa, mientras que, acogiéndola, ensanchamos y enriquecemos nuestra vida. Es mi primera confrontación con la muerte, nunca he sabido muy bien cómo abordarla. Me siento absolutamente virgen ante ella. Aún no he visto nunca un muerto. Es increíble, pero en este mundo, sembrado de millones de cadáveres, a mis veintiocho años, no he visto nunca un muerto. Me he preguntado a menudo cuál es mi postura ante la muerte, pero nunca he reflexionado seriamente sobre ello. Las circunstancias no se prestaban. Y ahora, la muerte está ahí, en toda su grandeza, imponiéndose por vez primera y siendo, sin embargo, una vieja conocida, indisociable de la vida, a la que hay que aceptar. Así de sencillo. No se necesitan consideraciones profundas. La muerte está ahí de pronto, grande, simple y natural, ha entrado en mi vida sin hacer ruido. Tiene ya un lugar en mi vida y ahora sé que forma parte de ella.

En fin, es hora ya de irse a dormir, son las diez y hoy no he hecho gran cosa, estaba obnubilada por mis pies magullados en la ciudad calurosa y por todas las pequeñas vejaciones; tenía que sufrir al unísono y asumir todo esto. He tenido una crisis de desánimo y de incertidumbre. Entonces, he ido a su casa. Le dolía la cabeza y estaba preocupado porque todo suele funcionar siempre a la perfección en su gran cuerpo poderoso. Me he quedado un rato recostada entre sus brazos, estaba tan dulce, tan tierno, casi melancólico. Creo que ha comenzado una nueva etapa en nuestra vida. Aún más grave, aún más intensa y haremos bien en concentrarnos en lo esencial. Cada día nos despoja de un poco de mediocridad. «Se prepara nuestro exterminio, está claro, no nos hagamos ilusiones». Mañana por la noche, dormiré en la cama de Dicky; S. (3) duerme en el piso de abajo y me despertará. Todo esto es todavía posible. Y la ayuda que nos podremos prestar para atravesar estos tiempos – todo esto está llamado aún a aumentar. (págs. 145-147)

Sábado, 11 julio 1942, 11 de la mañana.

Sólo podemos hablar de las cosas últimas, de las cosas más serias de esta vida, cuando las palabras brotan de nosotros simple y naturalmente, como el agua de una fuente. Si Dios deja de ayudarme, seré yo quien tenga que ayudar a Dios. Poco a poco, toda la superficie de la tierra no será más que un campo de concentración y nadie, o casi nadie, podrá quedar fuera de él. Es una fase que debemos atravesar. Aquí los judíos se cuentan cosas poco divertidas: en Alemania, a los judíos, se les empareda vivos o se les extermina con gases asfixiantes. ¿No es muy malvado divulgar esta clase de historias y acrecentarlas? Y, además, suponiendo que estas atrocidades estén pasando de verdad, de una manera u otra, ¿no somos nosotros los que tenemos que responder a ellas?

Después de la noche de ayer, las trombas de agua tienen algo de demoníaco. Ya he limpiado un cajón de mi mesa. He encontrado una foto suya que había desaparecido hace casi un año pero que estaba convencida de que iba a volverla a encontrar. Y he aquí que estaba ahí, en el fondo de un cajón desordenado.

Tengo siempre la certeza de que todas las cosas, pequeñas o grandes, se arreglan por sí mismas. Esto lo siento así, tan fuerte, en la vida cotidiana. No me preocupo nunca del día siguiente; sé, por ejemplo, que tendré que dejar esta casa pronto hacia otro destino del que no tengo ni la menor idea; y que el dinero escasea, pero nunca me resulta un problema, sé que “algo” se presentará. Si proyectamos de antemano inquietud sobre toda suerte de cosas futuras, les impedimos que se desarrollen orgánicamente. Tengo en mí una inmensa confianza. No es que tenga la certeza de ver que la vida exterior vaya a ir bien para mí, sino de seguir aceptando la vida y de encontrarla buena, incluso en los peores momentos.

Me sorprende estarme preparando psicológicamente para la vida en un campo de trabajo hasta en los detalles más nimios. Ayer noche, caminaba con él a lo largo del muelle calzando unas cómodas sandalias y de pronto pensé: «me llevaré estas sandalias, me las podré poner

de vez en cuando para descansar del calzado más pesado» ¿Qué me pasó entonces? ¿De dónde viene esta alegría ligera, casi alocada?

La jornada de ayer fue dura, muy dura, y tuve mucho que soportar y que asumir. Pero lo hice. Absorbí una vez más todo lo que me asaltaba, y soy capaz de afrontar algunas cosas más que ayer. Esto es, probablemente, lo que me proporciona esta alegría y esta paz interior: soy capaz de conseguirlo todo sola y sin que mi corazón se seque de amargura; y hasta mis peores momentos de tristeza, incluso de desesperación, dejan en mí surcos fértiles y me hacen más fuerte. No me hago muchas ilusiones sobre la realidad de la situación, y renuncio incluso a pretender ayudar a los demás. Adoptaré como principio “ayudar a Dios” tanto como me sea posible, y si lo consigo, entonces estaré ahí también para los demás. Pero no alberguemos ilusiones heroicas en este tema.

Me pregunto qué haría si realmente tuviera en mi bolsillo mi orden de partir para Alemania con la perspectiva de tener que hacerlo en una semana. Supón que esta carta llegue mañana: ¿qué harías? No diría nada a nadie, me retiraría al rincón más silencioso de esta casa, entraría en mí y reuniría fuerzas de los cuatro puntos cardinales de mi cuerpo y de mi alma. Me cortaría el pelo a lo garçon y arrojaría mi barra de labios. Intentaría, durante esa semana, terminar las Cartas de Rilke. Del trozo de tela de abrigo que me queda, me haría un pantalón y una chaqueta corta. Sin duda, querría ir a ver a mis padres y hablarles mucho de mí, decirles palabras de consuelo, y cada minuto que me quedara, quisiera escribirle a él, al hombre cuya ausencia y nostalgia causarán mi muerte. Ya ahora, en algunos momentos, creo morir pensando que tendré que dejarle y que no sabré ni siquiera qué habrá sido de él. Dentro de una hora iré al dentista a que me arregle las caries. Sería realmente grotesco tener dolor de muelas allí. Me tendré que procurar un bolso de viaje. Llevaré sólo lo estrictamente necesario, pero todo debe ser de calidad. Llevaré una Biblia; en cuanto a los pequeños volúmenes de las *Cartas a un joven poeta* y al *Libro de Horas*, encontraré el modo de hacerles un sitio. No llevaré fotos de seres queridos, prefiero empapelar mis grandes paredes interiores con

las caras y los gestos que he reunido en mi numerosa colección y que me acompañarán siempre.

Y estas dos manos me acompañarán, con sus dedos expresivos que son como jóvenes ramas vigorosas. A menudo se extenderán sobre mí en la oración, con gesto protector, y no me abandonarán nunca, hasta el final. Y estos ojos negros me acompañarán también, con su mirada buena, dulce y perspicaz. Y cuando las marcas de mi cara se hayan estropeado de tanto sufrimiento y de un trabajo demasiado duro, toda la vida de mi alma podrá verse en mis ojos, y todos [...] ⁽⁴⁾ se concentrarán en mis ojos. Et caetera. Todo esto no es más que un estado de ánimo, evidentemente, uno de los muchos y cambiantes que uno descubre en una situación nueva. Pero es también parte de mí, una de mis posibilidades. Una parte de mí que habla cada vez más alto. Pero, por lo demás, un ser humano no es más que un ser humano. Desde ahora ejercito mi corazón para aceptar la idea de que proseguiré mi camino incluso separada de aquél sin el que no creo poder vivir. A cada instante corto un poco más nuestros lazos exteriores para concentrarme más en una supervivencia interior, la persistencia de una unión interior, a pesar de la peor de las separaciones. Sin embargo, cuando andamos de la mano a lo largo del muelle (ese muelle que ayer tarde tenía un aire de otoño y de tormenta) o estamos en su pequeña habitación y sus gestos generosos y dulces me confortan, una esperanza y un deseo muy humanos se apoderan de mí: ¿porqué no podemos permanecer juntos? Si permanecemos juntos ninguna otra cosa tendría importancia: no quiero dejarle. Pero pienso: quizás es más fácil rezar por alguien que está lejos que verle sufrir a tu lado.

En este mundo saqueado, los caminos más cortos entre un ser y otro son los caminos interiores. En el mundo exterior, nos arrancan el uno del otro, y los caminos que podrían reuniros están tan sepultados bajo las ruinas que ni en el mejor de los casos encontraríamos nunca su trazo. Mantener el contacto, continuar una vida en pareja, sólo se puede lograr interiormente. Y, ¿no conservamos siempre la esperanza de encontrarnos algún día en esta tierra?

Está claro que no sé cómo reaccionaré cuando me vea obligada a dejarle. Oigo todavía su voz cuando me ha telefoneado esta mañana; esta noche cenaré con él, mañana pasaremos y comeremos en casa de Liesl et Werner, después, por la tarde, tocaremos algo de música. Está siempre allí. Y en el fondo de mí, no creo que quizá tenga ya que separarme de él, ni de los otros. Un ser humano es muy poca cosa. En esta nueva situación, primero habrá que aprender de nuevo a conocerse. Mucha gente me reprocha que soy indiferente y pasiva, y piensan que me abandono sin reaccionar. Me dicen: «todo el que todavía puede tener la suerte de escapar de sus garras, tiene el deber de intentarlo». Debo cuidar de mí misma, dicen. Pero son cálculos equivocados. Cada cual en este momento está ocupado en cuidar de sí mismo y en intentar librarse de las redes; ahora bien, un número elevado, muy elevado incluso, tiene que partir (°) . Y lo más extraño de todo, es que yo no me siento bajo sus garras. Tanto si me quedo aquí como si no. Es una idea tan convencional, tan primitiva, este razonamiento no me dice ya nada, yo no me siento en las garras de nadie, sólo me siento en brazos de Dios –por poner un poco de énfasis. Aquí y ahora, en este escritorio tan familiar, o dentro de un mes hacinada en cualquier habitación del barrio judío o trabajando en un campo de concentración bajo la mirada de las SS, creo que me sentiría siempre en brazos de Dios. Puede que me quebrara físicamente, pero nada más. Quizá caeré presa de la desesperación, o tendré quizá que llegar a privaciones que no puedo ni imaginar en mis sueños más recónditos, pero todo esto son nimiedades comparado con mi inmensa confianza en Dios y en mis capacidades de vida interior. Es posible que subestime lo que me espera en el futuro.

Vivo cada día consciente de las cosas terribles que le pueden pasar, en cualquier momento, a mi pequeña persona, y que ya les han pasado a un gran número de gente, a demasiada gente. Me doy cuenta de todo, hasta de los menores detalles. Creo que, en mis “debates interiores”, tengo los pies en la tierra, en el duro suelo de la dura realidad. Mi aceptación no es ni resignación ni abdicación de la voluntad. Siempre hay un lugar para la más elemental indignación

moral ante un régimen que trata así a unos seres humanos. Pero los acontecimientos han tomado a mis ojos proporciones demasiado enormes, demasiado demoníacas como para que yo me deje llevar por un rencor personal o una hostilidad exacerbada. Esta reacción me parece pueril, totalmente inadaptada al carácter fatal del acontecimiento mismo. A menudo se extrañan cuando digo: «poco importa que sea yo u otro el que parte; lo que cuenta es que tantos miles de personas tienen que partir». No es verdad que yo quiera ir hacia mi aniquilación con una sonrisa de sumisión en los labios. Tampoco es eso. Es el sentimiento de lo ineluctable, su aceptación y la convicción, al mismo tiempo, de que, de hecho, nada nos puede ser ya arrebatado. No es una especie de masoquismo que me empujaría a querer partir ante todo, a desear ser arrancada de los fundamentos de mi existencia, ¿pero, sería yo de veras muy feliz si pudiera sustraerme a la suerte impuesta a tantos otros? Me dicen: «alguien como tú tiene el deber de ponerse a salvo; tienes aún tantas cosas que hacer en la vida, tanto que dar». Pero lo que yo tenga o no para dar, ¿acaso no podría darlo donde estoy, aquí, en un pequeño círculo de amigos, o allí lejos, en un campo de concentración? Es una singular sobrestima creerse con demasiado valor para compartir con los otros una “fatalidad de masa”.

Y si Dios considera que tengo aún mucho que hacer, lo haré igual de bien después de haber atravesado las mismas pruebas que los demás. El valor humano presente o no en mí dependerá, una vez más, de mi comportamiento en esta situación enteramente nueva. Incluso si no sobrevivo a esto, mi forma de morir aportará una respuesta al «¿quién soy?». No es momento de mantenerse a toda costa fuera de una situación dada; se trata más bien de saber cómo se reacciona a toda nueva situación, cómo se sigue viviendo. Haré lo que tenga que hacer. Mis riñones siguen supurando y mi vejiga sigue haciendo de las suyas, voy a pedir un certificado, si es posible. Se me recomienda, en efecto, aceptar un pequeño empleo de “cobertura” en el Consejo judío (6). El Consejo contrató más de ciento ochenta personas la semana pasada, y ahora los desesperados se presentan a mon-

tones. Se diría que es un madero flotante, tras un naufragio en la inmensidad del océano, donde el mayor número de naufragos intenta volver a agarrarse. Pero me parece absurdo e ilógico intentar esta gestión. Y tampoco va con mi forma de ser mover influencias con altos cargos. Parece, por otro lado, que el Consejo judío es el teatro de toda clase de turbios movimientos, y la hostilidad pública contra este extraño órgano-tampón crece a cada hora que pasa. Y por otra parte: a los miembros del Consejo también les llegará su turno después de los otros. Pero supongo que se dirán a sí mismos que para entonces los ingleses ya habrán quizá desembarcado. Es la opinión de los que albergan todavía una esperanza política. Yo creo que se tiene que huir de toda esperanza fundamentada en el mundo exterior; es inútil entregarse a cálculos avisados sobre la duración de todo esto. Y ahora, pongamos la mesa. (págs. 169-175)

12 de julio de 1942.

Oración del domingo por la mañana. Son tiempos estremece-dores, Dios mío. Esta noche, por primera vez, he permanecido despierta en la oscuridad, los ojos me ardían, imágenes de sufrimiento humano desfilando ante mí sin parar. Te voy a prometer una cosa, Dios mío; oh, una tontería: me abstendré de cargar al día de hoy, como un peso, las angustias que me inspira el porvenir; pero esto necesita un cierto entrenamiento. Por ahora, a cada día le baste su pena. Voy a ayudarte, Dios mío, a que no te apagues en mí, pero no puedo garantizar nada de antemano. Una cosa, sin embargo, veo cada vez más clara: no eres tú quien puede ayudarnos, sino nosotros los que podemos ayudarte a ti – y así nos ayudamos a nosotros mismos. Es todo lo que podemos salvar en esta época y es lo único que cuenta: un poco de ti en nosotros, Dios mío. Quizá podamos también contribuir a sacarte a la luz en los corazones martirizados de los demás. Sí, Dios mío, tú pareces bastante poco capaz de modificar una situación indisociable de esta vida en definitiva. No te estoy pidiendo cuentas, es a ti a quien corresponde pedirnos cuentas algún día a nosotros. Veo cada vez con más claridad, a cada latido de mi

corazón, que tú no puedes ayudarnos sino que nos corresponde a nosotros ayudarte y defender hasta el final la morada que te alberga en nosotros. Hay gente, por increíble que parezca, que, en el último momento, se esfuerza por poner en lugar seguro aspiradores, tenedores y cucharas de plata, en lugar de protegerte a ti, Dios mío. Y hay gente que busca proteger su propio cuerpo, que, sin embargo, no es más que el receptáculo de mil angustias y de mil odios. Dicen: «¡yo no caeré en sus garras!» Olvidan que no se está nunca en las garras de nadie si se está en tus brazos. Esta conversación contigo, Dios mío, empieza a devolverme la calma. Tendremos muchas más en un futuro próximo, lo que impedirá puedas huir de mí. También conocerás, sin duda, momentos de escasez en mí, Dios mío, en los que mi confianza no te nutrirá tanto, pero, créeme, seguiré actuando para ti, permaneceré fiel y no te echaré de mi lado.

No me faltan fuerzas para afrontar el gran sufrimiento, el sufrimiento heroico, Dios mío, lo que temo, más bien, son los mil pequeños problemas cotidianos que me puedan asaltar alguna vez como una chusma mordaz. En fin, me rasco desesperadamente y me digo cada día: una jornada más sin problemas, las paredes protectoras de una casa acogedora se deslizan por los hombros como un vestido conocido, lo has llevado durante mucho tiempo; tu cubierto está puesto para hoy y las sábanas blancas y las suaves mantas de tu cama te esperan una noche más; no tienes, pues, ninguna excusa para derrochar el menor átomo de energía en estos pequeños problemas materiales. Utiliza con buen criterio cada minuto de este día, que sea un día provechoso, una sólida piedra en los cimientos donde los días de miseria y de angustia que nos esperan se puedan apoyar. Fuera de casa, la lluvia y la tormenta de los últimos días han hecho estragos en el jazmín; sus flores blancas flotan esparcidas en los charcos negros sobre el techo plano del garaje. Pero en alguna parte de mí ese jazmín sigue floreciendo, tan exuberante y tan delicado como antes. Reparte su aroma alrededor de tu morada, Dios mío. Ya ves cómo cuido de ti. No te ofrezco sólo lágrimas y tristes presentimientos en este domingo por la mañana ventoso y gris; te traigo incluso un jazmín

oloroso. Y te ofreceré todas las flores que encuentre en mi camino, que son muchísimas, créeme. Acabo de hacerte la jornada lo más agradable posible. Y por tomar un ejemplo al azar: encerrada en una estrecha celda, si veo una nube pasar más allá de los barrotes, te ofreceré esa nube, Dios mío, mientras tenga fuerzas. No puedo garantizar nada, pero, como ves, mis intenciones son las mejores del mundo.

Ahora voy a consagrarme a este día. Hoy voy a derramarme entre los hombres y los malos rumores, las amenazas, me asaltarán como soldados enemigos a una fortaleza impenetrable. (págs. 175-77)

Martes, 15 septiembre 1942, 10,30 de la mañana.

Dios mío, todo esto quizás haya sido un poco excesivo (?). Un ser humano tiene también un cuerpo, y el mío me lo recuerda. Llegué a creer que mi espíritu y mi corazón eran capaces, por sí solos, de soportarlo todo pero, mira por donde, mi cuerpo se manifiesta y dice: «¡alto ahí!». Ahora siento el peso de todo lo que me has dado para llevar, Dios mío. Tanta belleza y tantas pruebas. Y siempre, en cuanto me mostraba dispuesta a afrontarlas, las pruebas se transformaban en belleza. Y la belleza, la grandeza, se me hacían, en ocasiones, más duras de llevar que el sufrimiento de tanto como me estremecían. ¡Que un simple corazón humano pueda experimentar tantas cosas, sufrir y amar tanto! Te estoy enormemente agradecida, Dios mío, por haber elegido mi corazón, en estos tiempos, para hacerle padecer lo que ha padecido. Quizás esta enfermedad sea una cosa buena. A decir verdad, aún no la he aceptado, todavía ando aún algo entumecida, desorientada y sin fuerzas pero, al mismo tiempo, intento rebuscar en todos los rincones de mi ser para sacar un poco de paciencia, una paciencia completamente nueva para una situación completamente nueva; me doy buena cuenta de ello. Voy a reemprender aquel buen método ya sabido de conversar de vez en cuando conmigo misma sobre las líneas azules de este cuaderno. Conversar contigo, mi Dios. Más allá de la gente, no deseo dirigirme más que a ti. Si amo a los seres con tanto ardor, es porque en cada uno de ellos amo una parte de ti. E intento sacarte a la luz en los

corazones de los otros, Dios mío. Ahora necesito mucha paciencia y reflexión; esto va a ser muy difícil. En adelante, tengo que hacerlo todo sola. La mejor parte, la más noble de mi amigo, ya se ha reunido contigo. De él ya no queda más que la apariencia de un anciano, senil y extenuado, en ese pequeño apartamento de dos habitaciones donde he conocido las alegrías más grandes y más profundas de mi vida. He permanecido junto a su cabecera y me he encontrado así frente a tus últimos misterios, Dios mío. Concédeme aún toda una vida para comprender todo esto. A la vez que lo escribo, lo voy sintiendo: es bueno tener que permanecer aquí. Mirando hacia atrás, me doy cuenta de que he vivido muchas cosas en estos últimos meses. He consumido en pocos meses las reservas de toda una vida. ¿Acaso me he entregado de una manera excesivamente imprudente a una vida interior que rompía todos los diques? Pero, si oigo tu llamada, no habré sido demasiado imprudente.

15 horas. Siempre está ahí, ese árbol, ese árbol que podría escribir mi biografía. Sin embargo, ya no es el mismo ¿o acaso soy yo quien ya no es la misma? Su biblioteca está ahí, a un metro de mi cama. No tengo más que alargar el brazo izquierdo para tener en la mano a Dostoievski, Shakespeare o Kierkegaard. Pero no alargo el brazo. La cabeza me da vueltas. Tú me colocas ante tus últimos misterios, Dios mío. Te estoy agradecida; siento en mí la fuerza para ser confrontada por ellos y saber que no hay respuesta. Hemos de ser capaces de asumir tus misterios.

Creo que debería dormir, dormir días enteros, y dejar que mi mente se desprenda de todo. El doctor decía ayer que llevo una vida interior demasiado intensa, que vivo demasiado poco en la tierra, casi en los límites del cielo, y que mi cuerpo ya no puede soportar todo esto. Quizá tenga razón. ¡Qué seis últimos meses, Dios mío! Y estos dos últimos... Son por sí solos una vida entera. Y cuántas horas en las que decía: esta hora ha sido toda una vida, y si tuviera que morir en seguida, ¿no valdría, esta hora, por el resto de mi vida? He vivido tantas horas así. ¿Qué es lo que me impide vivir también en el cielo? El

cielo existe ¿porqué no habría de vivir en él? Pero, de hecho, es más bien lo contrario: es el cielo el que vive en mí. Esto me hace pensar en una expresión de un poema de Rilke: “Universo interior” (Weltinnenraum).

Necesito dormir y dejar todo eso. La cabeza me da vueltas. Algo se ha trastornado en mi cuerpo. Me gustaría recobrar rápidamente la salud. Pero de tus manos, Dios mío, lo acepto todo tal como venga. Siempre es bueno; lo sé. He aprendido que soportando las pruebas las podemos transformar en bien.

Ya ves, mis manías no han cambiado, no puedo decidirme a dejar la pluma: quisiera todavía, en el último momento, encontrar la fórmula única y liberadora, me gustaría poder encontrar la palabra que me permitiera decir todo lo que hay en mí, ese colmo, esa opulencia del sentimiento de la vida. ¿Por qué no me hiciste poeta, Dios mío? Pero, si yo fuese poeta, sólo tendría que esperar que me llegaran las palabras que diesen el testimonio que yo creo que debo aportar, Dios mío: que es bello y bueno vivir en tu mundo, a pesar de lo que los humanos nos infligimos mutuamente.

El corazón pensante de los barracones (*) (págs. 199-202, y sigue)

Miércoles, 16 de septiembre 1942, 1 de la madrugada.

Escribí un día que deseaba leer tu vida hasta la última página. Ya lo he hecho. La he leído hasta el final. Me siento llena de una alegría profunda: todo lo que ha sido era, ciertamente, bueno; de lo contrario, no tendría en mí esta fuerza, esta alegría, esta certeza. Aquí estás pues, querido, buen y gran amigo, acostado en este pequeño apartamento de dos habitaciones. Un día te escribí: mi corazón volará siempre hacia ti, como un pájaro libre, esté donde esté en la tierra, y te encontrará siempre. Y es también lo que escribí en el diario de Tide: ya en esta vida te has convertido para mí en una cara del cielo que se extiende sobre mí de tal modo que me basta con levantar los ojos para estar cerca de ti. Y aun cuando estuviera encerrada en una celda subterránea, ese lienzo del cielo se desplegaría sobre mí y mi corazón, como un pájaro,

emprendería su vuelo libre hacia él; por eso todo es tan simple, ya sabes, tan terriblemente simple, bello y repleto de sentido.

Aún tenía mil cosas que preguntarte y que aprender de tu boca. En adelante, me las tendré que arreglar sola. Me siento muy fuerte, ¿sabes? estoy convencida de que voy a llevar a buen puerto mi vida. Eres tú quien ha liberado en mí las fuerzas de que dispongo. Tú me has enseñado a pronunciar sin reticencias el nombre de Dios. Tú has sido mediador entre Dios y yo, pero ahora tú, el mediador, te has retirado, y mi camino lleva directamente a Dios. Siento perfectamente que esto es así. Yo misma serviré de mediadora para todos aquellos a quienes pueda llegar.

Estoy sentada en mi escritorio, a la luz de mi pequeña lámpara. En el mismo sitio desde donde te he escrito tantas veces, donde también he hablado de ti a menudo en mi diario. Tengo que decirte algo extraño. Nunca he visto un muerto aún. En este mundo en el que mueren cada día miles y miles de seres humanos, todavía no he visto un solo muerto. Tide dice: «no es más que un traje». Ya lo sé, pero que seas tú, tú precisamente, el primer muerto que se me ha dado ver, me parece un hecho muy significativo e importante.

En nuestros días se derrochan y se echan a perder las grandes y últimas verdades de la vida. Montones de personas se ponen enfermas –o se hacen pasar por tales–, por miedo a ser deportadas. Muchos otros se quitan la vida, también por miedo. Pero tu vida ha encontrado su fin natural, y me siento muy agradecida por ello. Agradecida por saber que también tu has tenido que soportar tu parte de sufrimiento. Tide dice: «este sufrimiento se lo ha impuesto Dios; se le ha dispensado del que le hubieran impuesto otros hombres». Tú no hubieras podido soportarlo, mi querido niño mimado. Yo, sí puedo, y al hacerlo prolongo tu vida y la transmito.

Una vez que llegamos a que la vida nos parezca bella y llena de sentido, incluso –y sobre todo– en estos tiempos, tenemos la impresión de que todo lo que sucede debería ser así y no de otra manera. ¡Heme aquí de nuevo sentada en mi escritorio! No estoy en condiciones de

volver mañana a Westerbork por lo que tendré al menos una ocasión para reencontrar a todos mis amigos, cuando enterremos tus despojos.

Sí, ya sabes, no nos escapamos, es una vieja costumbre humana de higiene. Pero estaremos todos reunidos, tu espíritu estará entre nosotros y Tide cantará para ti; ¡si supieras lo feliz que me hace poder estar aquí! Volví justo a tiempo de besar tus labios secos, moribundos, y una vez más me cogiste la mano y te la llevaste a los labios. Dijiste también, cuando entraba en la habitación: «la joven viajera». Después añadiste: «tengo sueños muy extraños, he soñado que Cristo me bautizaba». Tide y yo estábamos a la cabecera de tu cama. Por un instante creímos que había llegado el fin, que tus ojos se quedaban en blanco. Tide me había cogido entre sus brazos, yo besé su querida boca pura, y ella me dijo muy quedo: «nos buscábamos y nos hemos encontrado». Estábamos delante de tu cama, te hubiera hecho muy feliz vernos allí a las dos, entre todas. ¿Quizá nos viste aún, aunque en ese instante creímos que te estabas muriendo? Tus últimas palabras fueron: «Herta, espero...» –también doy gracias por esto ¡Cómo habrás tenido que luchar para permanecerle fiel! Pero tu fidelidad terminó por ponerla por encima del resto. Y soy yo quien más te ha complicado la tarea, lo sé. Pero también soy yo quien te ha enseñado lo que es la fidelidad, la lucha y la debilidad.

Todo lo bueno y lo malo que se puede encontrar en un hombre estaba en ti. Todos los demonios, todas las pasiones, toda la bondad, toda la caridad, anidaban en ti, gran descifrador, gran buscador y descubridor de Dios. Buscaste a Dios por todas partes, en todos los corazones que se abrían a ti –y han sido tantos–; y en todas partes encontraste una parcelita de Dios. No renunciabas nunca. A veces te mostrabas muy impaciente en las pequeñas cosas, pero en las grandes eras la paciencia misma.

Tenía que ser Tide quien viniera a darme la noticia esa noche, Tide, con su cara dulce y radiante. Nos quedamos un momento juntas en la cocina. Mi “hermano de armas” estaba en el salón. Más tarde, Han se reunió con nosotras y permaneció al fondo de la habi-

tación. Tide tocó suavemente las teclas de tu piano y cantó un breve lied : *Auf, auf mein Herz, mit Freude* (?). Son las dos de la madrugada. Todo está en silencio en la casa. Necesito decirte algo extraño, pero que comprenderás muy bien, creo. Hay en la pared una foto tuya. Quisiera destrozarla y tirarla a la basura; así tendría el sentimiento de acercarme más a ti. Nunca nos hemos llamado por nuestros nombres de pila. Durante mucho tiempo nos hablamos de “usted” y más tarde, mucho después, tú me dijiste “tú”. Ese “tú” en tu boca se convirtió en una de las palabras más dulces que un hombre me haya dicho jamás. No eras mi primer amor, tú lo sabes. Firmabas siempre tus cartas con un punto de interrogación, y yo hacía lo mismo. Tus cartas empezaban por: «Escúchame una cosa...», tu característico «Escúchame una cosa»; pero la última empezaba por «Mi bien amada». Pero para mí tú no tienes un nombre, no más nombre que el cielo. Y quisiera tirar todas tus fotos, no mirarlas nunca más, pues son una presencia demasiado física. Quiero seguir llevándote en mí, presencia sin nombre, y yo te haré surgir y te transmitiré con algunos gestos nuevos y tiernos que hasta hace poco todavía ignoraba. (págs. 202-205, y sigue)

*Miércoles, 16 de septiembre, 9 de la mañana
(en la sala de espera del médico).*

A menudo, circulando por el campo entre los gritos y peloteras de los miembros demasiado celosos del Consejo judío, pensaba: ¡ah! dejadme ser una partecita de vuestra alma. Quisiera ser el barracón-refugio de la parte mejor de vosotros mismos, esa parte ciertamente presente en cada uno. No tengo mucho que hacer, quiero solamente estar ahí. De ese cuerpo, dejadme ser, pues, el alma. En cada una de esas personas he encontrado de hecho un gesto, una mirada, que superaba con mucho su nivel habitual y del que apenas, sin duda, eran conscientes. Y yo me sentía la depositaria de ello.

3 de la tarde. Voy a visitar una vez más su calle. Tres calles, un canal y un pequeño puente me han separado siempre de él. Murió ayer a las siete y cuarto, el mismo día en que expiraba mi salvoconducto. Voy a hacerte la última visita. Hace un instante estaba en el

cuarto de baño y pensaba: voy a ver un muerto por primera vez. A decir verdad, esto me daba igual. Me decía a mí misma: tengo que hacer un gesto solemne, extraordinario. Y me arrodillé sobre la alfombrilla del pequeño cuarto de baño. Pero de pronto pensé: no, esto es muy convencional. El hombre está lleno de convenciones, de ideas preconcebidas sobre gestos que cree necesarios en situaciones concretas. A veces, en el momento menos pensado, alguien se arrodilla de pronto en un rincón de mi ser, mientras ando por la calle o en medio de la conversación con un amigo. Y ese alguien que se arrodilla soy yo.

Hay allí, pues, unos restos mortales, en aquella cama tan bien conocida. ¡Ah, esa colcha de cretona! No tengo ninguna necesidad de volver allí nunca más. Todo sucede en alguna parte de mí donde hay grandes mesetas elevadas, sin tiempo ni fronteras; todo sucede en ese lugar. Y heme aquí, de nuevo, recorriendo estas calles. ¡Cómo las he recorrido muchas veces, junto a él, sumergida en una conversación fructífera y apasionante! Y, ¡cómo las volveré a sentir muchas más veces, en cualquier parte del mundo donde esté, al surcar las altas mesetas interiores donde se desarrolla mi vida verdadera! Quizás la gente espera de mí que ponga una cara triste y de circunstancias, ¡Pero si no estoy triste! Quisiera juntar las manos y decir: «hijos míos, estoy llena de dicha y de gratitud; encuentro la vida tan bella y rica de sentido... Pues sí, bella y rica de sentido, en el momento mismo en que estoy a la cabecera de mi amigo fallecido –fallecido demasiado joven– y me preparo para ser deportada un día u otro a regiones desconocidas. Dios mío, te estoy muy agradecida por todo».

Seguiré viviendo con esa parte del muerto que vive para siempre, y volveré a traer a la vida lo que, en los vivos, está ya muerto: así, no habrá en todo más que vida, una gran vida universal, Dios mío.

Tide cantará para él por última vez y yo espero con alegría el instante en el que escucharé el radiante testimonio de su voz.

Joop ⁽¹⁰⁾, hermano de armas, en este momento estoy en camino contigo. No en realidad, pero sí en pensamiento; me dirijo a ti de vez en cuando y a menudo ocupas mi mente –estoy agradecida de poder-te dar a mi vez todo lo que puedo dejar de darte. Tu entrada en mi vida es tan significativa. Estaba escrita. Buenas noches. (págs. 205-207)

Jueves, 17 de septiembre 1942, 8 de la mañana.

El sentimiento de la vida es en mí tan fuerte, tan grande, tan sereno, tan lleno de gratitud que ni por un momento intentaré expresarlo con una palabra sólo. Tengo en mí, Dios mío, una felicidad completa y perfecta. Lo que la expresa mejor son sus palabras: «recojese en sí mismo». Quizá sea ésta la expresión más perfecta de mi sentimiento de la vida: me recojo en mí misma. Y a este “mí misma”, a este nivel de mi ser más profundo y más rico que el resto, en el que me recojo, lo llamo “Dios”. En el diario de Tide he encontrado con frecuencia la frase: «tómalo suavemente en tus brazos, Padre». Ésa es la sensación que tengo constantemente: la de estar en tus brazos, Dios mío, protegida, abrigada, impregnada de una sensación de eternidad. Es como si cada una de mis respiraciones estuviera penetrada por esa sensación de eternidad; como si el menor de mis actos, la palabra más anodina, se inscribiera sobre un fondo de grandeza y tuviera un sentido profundo. Él me escribía en una de sus primeras cartas: «cada vez que puedo dispensar a mi alrededor un poco de este colmo de fuerzas, soy feliz».

Ha estado muy bien que hayas llevado a mi cuerpo a gritar «¡párate!», Dios mío. Tengo que recuperar totalmente la salud para llevar a cabo todo lo que me espera. ¿O es esto una visión convencional más? Incluso un cuerpo enfermo no será obstáculo para que el espíritu siga funcionando y dé frutos. Ni para seguir amando a la escucha de sí mismo, de los demás, de la lógica de esta vida y de ti. Hineinhorchen, “escuchar el interior”; quisiera que un verbo holandés significara lo mismo. De hecho, mi vida siempre ha sido una escucha continua “en el interior” de mí misma, de los otros, de Dios. Cuando digo que escucho “en el interior”, en realidad es más bien

Dios en mí el que escucha. Lo más esencial y profundo en mí escucha la esencia y profundidad del otro. Dios escucha a Dios.

¡Qué grande es, Dios mío, el desamparo interior de tus criaturas terrenales! Te doy gracias por hacer venir a mí tanta gente con todo su desamparo. Me están hablando con calma, descuidadamente, y, de repente, toda su angustia aparece en toda su desnudez. Y tengo ante mí un pobre y pequeño ser humano, desesperado, que se pregunta cómo va a seguir viviendo. Ahí es donde empiezan mis dificultades. No basta con predicarte para sacarte a la luz en los corazones. Hay que despejar en el otro el camino que lleva a ti; y para hacerlo hay que ser un gran conocedor del alma humana. Se necesita la formación de un psicólogo: la relación con el padre y la madre, recuerdos de infancia, sueños, sentimientos de culpa, complejos de inferioridad, en fin, todo el almacén de los accesorios. Comienzo una exploración prudente con todos los que vienen a mí. Los instrumentos que me sirven para abrir la vía hacia ti en los otros son muy rudimentarios todavía. Pero ya dispongo de algunos y los iré perfeccionando poco a poco y con paciencia. Te agradezco que me hayas dado el don de leer el corazón de los demás. A veces. Las personas son para mí como casas con las puertas abiertas. Entro, deambulo por los pasillos y las habitaciones. La disposición es algo diferente en cada casa. Sin embargo, todas se asemejan y debería ser posible hacer en cada una un santuario para ti. Te prometo, te lo prometo, te buscaré un alojamiento y un techo en el mayor número de casas posible. Es una imagen divertida: me pongo en camino para buscarte un techo. Hay tantas casas deshabitadas. Te introduciré en ellas como invitado de honor. Discúlpame esta imagen tan poco refinada.

Por la noche, hacia las 10,30.

Dios mío, dame paz y fuerza para llegar al límite de todo. ¡Hay tanto que hacer! Debo ponerme a escribir en serio de una vez. Pero tengo que empezar por imponerme una disciplina. La luz se va apagando en los barracones de los hombres. Pero yo sueño; es verdad que no tienen ni luz. ¿Dónde te has metido esta noche, hermanito

de armas? Siento a veces desencadenarse una ola de tristeza por no poder abrir la puerta de mi barracón y volverme a encontrar de pronto ante la vasta estepa. Una vez abierta la puerta, camino un trecho por la esplanada del campo y no tengo que esperar mucho antes de ver a mi compañero de armas venir hacia mí por uno u otro lado, la cara curtida y una arruga vertical, inquisitiva, en su entrecejo. Cuando empieza a caer la noche, oigo a lo lejos las primeras notas de *la Quinta* de Beethoven.

Quisiera poder llegar al límite de todo por la palabra, poder describir estos dos meses pasados tras las alambradas, los más intensos y ricos de mi vida, que me han dado la confirmación deslumbrante de los valores más profundos y elevados de mi vida. He aprendido a amar en Westerbork, y ahora siento nostalgia. Cuando allí me dormía en mi estrecho camastro, tenía nostalgia de esta mesa donde ahora escribo. Te estoy agradecida, Dios mío, por volverme la vida tan bella, dondequiera que me encuentre, de manera que cada lugar que dejo me llena de nostalgia. Esto a veces hace la vida dura y pesada de llevar. Ya ves, son las diez y media pasadas, las luces de los barracones se apagan, creo que es hora de irme a acostar. «La enferma debe llevar una vida ordenada», dice el asombroso certificado que me han expedido. Tengo que comer arroz, miel y otros manjares casi legendarios.

Esto me hace pensar de repente en esa mujer a la que los cabellos de nieve encuadraban un noble rostro oval. Tenía un paquetito de pan tostado en su mochila. Era todo lo que llevaba de comida para su viaje a Polonia: seguía un régimen muy estricto. Era extremadamente amable y tranquila; era mayor pero tenía una silueta juvenil. Pasé toda una tarde con ella, sentada al sol delante de los barracones de tránsito. Le di un librito de la biblioteca de Spier, *Die Liebe* (El amor) de Johanna Müller, regalo con el que parecía muy feliz. A algunas jóvenes más que se acercaron, les dijo: «Atención, mañana por la mañana cuando partamos, cada uno de nosotros sólo tendrá derecho a llorar tres veces». Una de las jóvenes respondió: «¡Todavía no me han dado el ticket de racionamiento para llorar!»

Son casi las once. Qué deprisa ha pasado el día; creo que voy a acostarme en seguida. Mañana Tide se pondrá su trajecito gris claro y cantará *Auf, auf mein Herz, mit Freude* en el cementerio. Por primera vez subiré en un coche fúnebre. Tengo todavía tanto que escribir, noches y días. Dame paciencia, mi Dios. Un nuevo tipo de paciencia. Este despacho se me ha hecho de nuevo familiar y el árbol de enfrente de mi ventana ya no tiene tornada por lo que me deja sentarme de nuevo ante mi mesa. Debes tener una intención concreta; en cualquier caso, lo haré lo mejor que pueda. Y ahora, buenas noches. ¡Temo tanto que estés pasando momentos difíciles allí, Jopie, y quisiera tanto ayudarte! Y te ayudaré. Buenas noches. (págs. 207-210, sigue)

Domingo, 20 de septiembre, por la noche.

Traducir en palabras, en sonidos, en imágenes. Muchas personas, para mí, son todavía jeroglíficos pero aprendo a descifrarlos poco a poco. No conozco nada más hermoso que leer la vida descifrando a las personas. En Westerbork, tenía la impresión de tener delante la estructura desnuda de la vida. El esqueleto mismo de la vida, despojado de todo revestimiento de carne. Te doy gracias, Dios mío, por enseñarme a leer cada vez mejor.

Sé que tendré que hacer una elección. Una elección muy difícil. Si quiero escribir, si quiero intentar anotar todo lo que se acumula en mí y me urge, cada vez con más insistencia, que lo exprese, tendré que retirarme apartada de los hombres mucho más de lo que lo hago ahora. Entonces tendré que cerrar mi puerta y establecer una lucha a la vez sangrienta y saludable, con una materia que me parece casi imposible dominar. Tendré que apartarme de una pequeña comunidad para poder dirigirme a otra más amplia. Quizá tampoco se trata de dirigirme a una comunidad. Es la necesidad imperiosa de un impulso puramente poético de materializar al menos una parcela de este tesoro de imágenes que se lleva dentro –en fin, es una cosa tan elemental que incluso no hay necesidad de explicar lo que es, a decir verdad. Me pregunto a veces si no desgasto mi vida; vivo, disfruto de

la vida, la asumo tan completamente que la consumo hasta que al final ya no queda nada. Para poder crear quizá sea necesario disponer de un resto, de un residuo no consumido que haga nacer una tensión, estimulante, indispensable para toda obra de creación.

Hablo mucho, mucho a la gente últimamente. Por ahora, hablo con muchas más imágenes y de forma más incisiva que como podría hacerlo escribiendo. Me digo a veces que no debería dispersarme con tanta palabrería, que debería retirarme en mí y seguir en silencio, sobre el papel, la vía de mi búsqueda personal. Una parte de mí desea el retiro. Pero otra es incapaz de decidir todavía y se pierde en palabras en medio de los hombres.

¿Has visto, Max, esta mujer sorda y muda en su último mes de embarazo, con el marido epiléptico a su lado? ¿A cuántas mujeres rusas, incluso en su noveno mes de su embarazo, se las arranca de su casa y se les hace empuñar un fusil?

Mi corazón es una esclusa donde presionan las olas del sufrimiento, que se renuevan continuamente.

Jopie estaba sentado en el suelo, bajo el cielo estrellado y hablábamos de la nostalgia: «no tengo ninguna nostalgia –dijo– porque estoy en mi casa». Para mí fue una revelación. Uno está en su casa. Allí hasta donde se extiende el cielo, estamos en casa. En cualquier lugar de esta tierra, estamos en casa si se lleva todo dentro de sí.

Me he sentido a menudo –y aun ahora– como un navío que acaba de embarcar una carga preciosa; se sueltan amarras y la nave se adentra en el mar, libre de trabas; hace escalas en todos los países y toma lo más preciado de cada lugar. Uno debe ser su propia patria. Necesité dos veladas para decidirme a contarle lo más íntimo mío. Sin embargo, tenía muchas ganas de decírselo, como si fuera un regalo. Entonces, me arrodillé allí, sobre vasta planicie, y le hablé de Dios.

Evidentemente el doctor se equivoca. Antes, me hubiera dejado impresionar, pero ahora ya he aprendido a distinguir a la gente y a interpretar sus frases a la luz de mis intuiciones. «Lleva usted una

vida demasiado exclusivamente espiritual. No se prodiga lo suficiente. Se mantiene al margen de las cosas más elementales de la vida». Y no tuve más remedio que preguntarle: «¿debo acostarme a su lado en el diván?» Réplica nada delicada, de acuerdo, pero todo su discurso iba en ese sentido. Y aún añadió: «usted no vive lo suficiente en la realidad». Al salir pensaba: lo que me dice este hombre no tiene el menor sentido. ¡La realidad! La realidad es que, en muchos lugares de este mundo, los hombres y las mujeres no pueden unirse. Los hombres están en el frente. La vida en los campos de concentración. Las prisiones. La separación. Ésta es la realidad. Con esta realidad es con la que hay que salir adelante. ¿Y sin embargo no estamos obligados a consumirnos en vano de deseo ni a cometer el pecado de Onán? Este amor que ya no puede volcarse en una persona única, sobre el otro sexo, ¿no se podría convertir en una fuerza benéfica para la comunidad humana y que merecería quizá también llamarse amor? Cuando nos esforzamos en ello, ¿no es cuando precisamente estamos de lleno en la realidad? Realidad sin duda menos tangible que la de un hombre y una mujer juntos en una cama. Pero, ¿es que no hay otras realidades? Hay algo de pueril y de indigente en un pequeño buen hombre, más si es joven, que te habla (¡en estos tiempos, Dios mío, en estos tiempos!) de «liberar sus instintos». Me encantaría que me explicara con detalle lo que quería decir con esto.

«Después de la guerra, junto a una oleada de humanismo, otra de odio caerá sobre el mundo». Al escuchar estas palabras, tuve una vez más una certeza: Iré a la guerra contra este odio. (págs. 210-213)

22 septiembre 1942

Hay que aprender a vivir con uno mismo igual que con una multitud de gente. Se descubren entonces en uno mismo todas las partes, buenas y malas, de la humanidad. En primer lugar, hay que aprender a perdonarse los defectos, si uno quiere perdonar a los otros. Es quizá uno de los aprendizajes más difíciles para un ser humano; lo constato a menudo en otros (antes lo podía observar en mí misma

también, pero ya no), el perdón de los propios errores, de las propias faltas. La primera condición es la de poder aceptar, y con generosidad, el hecho mismo de cometer errores y faltas.

Me gustaría mucho vivir como los lirios del campo. Si comprendiéramos bien estos tiempos en los que vivimos, ellos nos podrían enseñar a vivir como un lirio de los campos.

Escribí una vez en uno de mis cuadernos: «quisiera seguir con la punta de mis dedos los contornos de nuestro tiempo». Estaba sentada en mi escritorio y no sabía cómo acercarme a la vida. Era porque todavía no había accedido a la vida que había en mí. En este escritorio fue donde aprendí a alcanzar la vida que llevaba dentro. Después fui arrojada, sin previo aviso, a un fuego de sufrimiento humano, sobre uno de los muchos pequeños frentes abiertos por toda Europa. Y allí, de repente, tuve esta experiencia: al descifrar las caras, al descifrar los miles de gestos, las pequeñas frases, los relatos, pude leer el mensaje de nuestro tiempo – y un mensaje que a la vez lo supera. Al haber aprendido a leer en mí misma, me di cuenta de que podía leer también en los demás. Allí tuve de veras la impresión de seguir a tientas, con un dedo sensible a las menores asperezas, los contornos de esta época y de esta vida. ¿Cómo puede ser que este pequeño trozo de llanura rodeado de alambradas, atravesado por destinos y sufrimientos humanos que vienen aquí a hundirse en olas sucesivas, haya dejado en mi memoria una imagen casi dulce? ¿Cómo puede ser que mi espíritu, lejos de ensombrecerse, se haya como aclarado e iluminado? Allí leí un fragmento de este tiempo que no me parece desprovisto de sentido.

En este escritorio, en medio de mis autores, de mis poetas y de mis flores, he amado tanto la vida. Y allí, en medio de barracones llenos de gente acorralada y perseguida, he encontrado la confirmación de mi amor por esta vida. Mi vida en barracones llenos de corrientes de aire no se oponía en nada a la que había vivido en esta habitación tranquila y protegida. En ningún momento me he sentido desgajada de una vida que pertenecería al pasado por completo: todo se funda-

menta en una gran continuidad de sentido. ¿Cómo podría yo describir todo esto y hacer sentir a los demás la vida, qué bella es, cómo merece la pena vivirla y qué justa es – sí: justa. ¿Acaso Dios me ayudará a encontrar las palabras necesarias, palabras muy sencillas? Palabras coloreadas, apasionadas y graves también. Pero, por encima de todo, palabras sencillas. ¿Cómo instalar provisionalmente, con suaves pinceladas, ligeras pero poderosas, este pequeño poblado de barracones, entre el cielo y la tierra? ¿Cómo hacer para que otros lean conmigo de corrido en el interior de toda esta gente a la que hay que descifrar como a un jeroglífico, signo por signo, hasta que lleguen a componer un todo legible e inteligible, un mundo atrapado entre el cielo y la tierra?

En cualquier caso tengo, a partir de ahora, una certeza: jamás podré escribir todo esto tal como la vida lo ha ido escribiendo ante mí mediante letras en movimiento. Lo he leído todo con mis ojos y con todos mis sentidos. Pero nunca podría contarle tal cual. Esto me desesperaría si no hubiera aprendido a aceptar la necesidad de trabajar con las fuerzas insuficientes de que se dispone y sacar de ellas el mejor partido posible.

Observo a las personas como se pasa revista a una plantación y constato hasta dónde se levanta en ellos la hierba de la humanidad. Siento que esta casa empieza a desprenderse muy suavemente de mí, como un vestido que se resbala y cae desde los hombros. Está bien así, en adelante, hasta el desprendimiento completo. Con precaución y nostalgia, aunque también con la certeza de que está bien así, la dejo deslizarse, día tras día.

Una camisa encima y la otra en la mochila (esto me recuerda el cuento de Kormann, la historia de un hombre sin camisa: un rey mandaba a buscar por todo su reino la camisa del más feliz de sus súbditos; y cuando dieron con él se vio que no tenía camisa); también llevo en la mochila mi pequeña *Biblia*. Quizá pueda llevarme además mis diccionarios rusos y los *Relatos populares* de Tolstoi, y hasta es posible que aún me quede algo de sitio para el volumen de

la *Correspondencia* de Rilke más un jersey de pura lana tricotado por una amiga ¡Cuántos bienes poseo aún, Dios mío, yo que quisiera llegar a ser un “lirio del campo”! Así pues, con esta sola camisa en mi mochila es como voy hacia un “futuro desconocido”. Pero bueno, bajo mis pasos, en mis peregrinaciones, la misma tierra siempre está en todas partes y, por encima de mi cabeza maravillada, siempre está el mismo cielo, unas veces con el sol y otras con la luna y todas las estrellas. Entonces, ¿por qué hablar de futuro desconocido? (págs, 213-216; sigue)

23 septiembre 1942

Este odio no nos conducirá a nada, Klaas ⁽¹¹⁾; la realidad es muy diferente de lo que nosotros queremos ver con nuestros esquemas preconcebidos. Hay, por ejemplo, en el campo un miembro de la administración ⁽¹²⁾. Lo veo a menudo en mis pensamientos. Lo primero que me llama la atención en él es su porte, su cabeza altanera y rígida. Siente hacia nuestros perseguidores un odio que supongo fundamentado. Pero él mismo es un verdugo. Sería un comandante ejemplar de un campo de concentración. A menudo le observé cuando estaba en la entrada del campo para acoger a sus hermanos de raza –espectáculo por lo general muy poco agradable. Recuerdo haberle visto un día tirar algunas pastillas negruzcas y mugrientas, por debajo de la mesa de madera, a un niño pequeño de tres años que lloraba, diciéndole en tono paternal: «¡ten cuidado de no ensuciarte el hocico!». Pensándolo bien, creo que era más torpeza y timidez que por voluntad deliberada de herir: era incapaz de encontrar el tono adecuado. Ya no era uno de los juristas más brillantes de Holanda como en otros tiempos, con sus artículos, siempre penetrantes y perfectamente formulados. (Un hombre se ahorcó en la enfermería del campo: «habrá que pensar en tacharlo del fichero... “¡Listo!”») ⁽¹³⁾ Al verle moverse entre la gente, con la cabeza alta, la mirada dominante, la pipa en la boca, siempre pensaba para mí: lo único que le falta es un látigo en la mano; le iría perfecto. Sin embargo, no lo detestaba; me interesaba demasiado. En algunos momentos me daba pena real-

mente. Bien mirado, tenía en su boca un pliegue insatisfecho, profundamente desgraciado. Era la boca de un niño de tres años al que su madre no quiere concederle un capricho. Ya debía de haber cumplido los treinta, apuesto, con renombre en su profesión y padre de dos hijos. Pero su rostro conservaba esa boca insatisfecha de niño de tres años, que se había conformado con crecer y ensanchar con el tiempo. Mirándolo mejor, no era un hombre realmente guapo.

Te das cuenta, Klaas era así: desbordaba odio hacia los que podríamos llamar nuestros verdugos, pero él mismo hubiera sido un perfecto verdugo, un perseguidor modélico. Pero, a pesar de todo, me daba pena. ¿Comprendes algo de lo que te digo? No tenía ningún contacto humano con sus semejantes y, si otros mantenían una conversación amistosa, les dirigía, disimuladamente, una mirada devorada por la envidia.

Tenía todo el tiempo para observarle pues la vida del campo transcurría a la vista de todos. Más tarde, uno de sus colegas, que le conocía bien de tiempo atrás, me dio algunos detalles sobre él. En mayo del 40, se tiró de un tercer piso, sin llegar a matarse como al parecer era su intención. Poco después, se arrojó delante de un coche también sin éxito. Entonces pasó algunos meses en un centro psiquiátrico. Era el miedo, nada más que el miedo. Un jurista tan brillante como sutil, siempre con la última palabra en los debates académicos, pero que, en el momento de la verdad, muerto de miedo, se tira por la ventana. También me dijeron que, en su casa, su mujer tenía que ir de puntillas porque él no soportaba el más mínimo ruido, y que tronaba enfurecido contra sus hijos, a los que tenía aterrorizados. Me inspiraba una compasión profunda, muy profunda. ¿Qué vida era aquella?

Lo que quisiera decirte, Klaas, es que tenemos tanto que cambiar en nosotros que ni siquiera deberíamos preocuparnos de odiar a los llamamos enemigos. Ya somos bastante enemigos los unos de los otros. No agoto la cuestión diciendo que entre los nuestros también hay verdugos y gente mala. A decir verdad, no creo en absoluto en esa pretendida "maldad". Me gustaría llegar a tocar a ese hombre en sus angus-

tias, buscar el origen de las mismas y emprender una especie de batida sobre él, hacer que descendiera hacia su propio interior; es todo lo que podemos hacer por él, por Klaas, en un tiempo como el que nos ha tocado vivir.

Klaas hizo un gesto de cansancio y desánimo y dijo: «pero lo que quieres hacer es demasiado largo, no disponemos del tiempo suficiente». Le repliqué: «Pues lo que tú quieres hacer es algo que se viene intentando desde el comienzo de la era cristiana, e incluso desde hace milenios, desde los comienzos de la humanidad. Y, ¿qué me dices del resultado?, si es que puedo preguntártelo.»

Y le repetí una vez más, con mi pasión de siempre (a pesar de que ya empezaba a sentirme molesta a fuerza de llegar siempre a las mismas conclusiones): «es la única solución, la única, Klaas, no veo otra salida: que cada uno de nosotros se vuelva sobre sí mismo y extirpe y aniquile dentro de sí todo lo que cree que debe aniquilar en los demás. Y que nos convenzamos de que el más mínimo átomo de odio que añadimos a este mundo nos lo hace más inhóspito de lo que ya es».

Y Klaas, el viejo partisano, el veterano de la lucha de clases, dijo entonces, entre asombrado y consternado: «pero... ¡pero eso sería una vuelta al cristianismo!» Y yo, divertida al verle en semejante aprieto, proseguí sin inmutarme: «pues sí, al cristianismo, ¿porqué no?» (pags. 216-218)

25 septiembre, 11 de la noche.

Tide me ha contado que una de sus amigas le dijo, tras la muerte de su marido: «Dios me ha hecho pasar a la clase superior, los bancos son todavía un poco altos para mí». Y como hablamos de su ausencia y nos extrañamos de no sentir ningún vacío sino más bien plenitud, Tide se encogió un poco y dijo con una risita socarrona: «sí, los bancos son todavía un poco altos, a veces es penoso».

Mateo 5, 23: «si estuvieras presentando tu ofrenda en el altar y te acordaras de que tu hermano tiene algo contra tí, deja tu ofrenda ante

el altar y corre, reconcílate primero con tu hermano y entonces ven a presentar tu ofrenda».

Una flota de galeones cargados de plata se hundió un día en el océano. Desde entonces, la humanidad nunca ha cesado de intentar rescatar los tesoros hundidos. Innumerables galeones se han hundido ya en mi corazón y toda una vida es insuficiente para intentar sacar a la superficie algo de los tesoros sepultados. Me falta aún el instrumento adecuado. Tendré que construirlo con todas las piezas.

Caminaba con pasitos rápidos al lado de Ru y, al final de una larga discusión en la que una vez más habíamos ventilado las “cuestiones últimas”, me paré en seco justo en medio de la Govert Flinkstraat⁽¹⁴⁾, tan estrecha como monótona, y le dije: «Has de saber, Ru, que aún tengo otro rasgo infantil que me hace encontrar siempre bella la vida y que me ayuda quizás a soportarlo todo con tanta entereza». Ru me lanzó una mirada interrogante, y le añadí, como si fuera la cosa más natural del mundo (¿acaso no es así?): «mira, yo creo en Dios». Me parece que se quedó un tanto desconcertado, y se me quedó mirando un momento, como para leer alguna señal misteriosa en mi rostro; pero con una cierta vacilación dijo que se alegraba mucho por mí. ¿Será quizá por eso por lo que me he sentido tan radiante y fuerte durante el resto del día? Por haber sido capaz de decir con tanta llaneza, como algo que mana de su fuente, en medio de la grisalla de este barrio popular: «mira, sí, yo creo en Dios».

Es bueno que me haya quedado aquí algunas semanas. Voy a volver con nuevas fuerzas. No he cumplido mis compromisos con el grupo pues he estado demasiado a mi aire. Ciertó que tenía que haber ido a ver a unos ancianos, los Bodenheimer, en vez de disculparme con una mala excusa: «de todos modos, no puedo hacer nada por ellos». Hay un montón de cosas en las que no he estado a la altura. He buscado demasiado mi placer personal. Allí, en el campo, me encantaba mirar ciertos ojos por la noche. Era muy bonito y, sin embargo, he fallado en gran parte en mi misión, incluso con las chicas de mi sala. De vez en cuando les lanzaba como pasto un trocito

de mí misma y después me ponía a salvo corriendo. No estaba bien. Y, sin embargo, estoy agradecida por lo que ha pasado, y también por tener pronto ocasión de redimir mis errores. Creo que volveré con más seriedad y concentración, y que estaré menos pendiente de mi satisfacción personal. Cuando se quiere ejercer una influencia moral sobre los otros, es preciso empeñarse seriamente en la propia moral. Yo vivo constantemente en familiaridad con Dios como si fuera lo más sencillo del mundo, pero hace falta también que mi vida se rija de acuerdo con esto. Todavía no lo he alcanzado, ni mucho menos, y, sin embargo, a veces me comporto como si ya hubiera alcanzado mi meta. Soy juguetona, me gusta estar a mis anchas, a menudo me tomo las cosas más como artista que como mujer responsable, y hay también en mí un gusto por lo extraño, por el capricho y la aventura. Pero sentada en esta mesa, en medio de la noche que avanza, siento en mí la fuerza apremiante y directiva de una gravedad cada vez más presente, cada vez más profunda, una especie de voz silenciosa que me dicta lo que debo hacer y que me obliga a anotar con toda franqueza: he fallado a mi misión por todas partes. Mi verdadero trabajo no ha hecho más que empezar. En el fondo, hasta ahora, era algo divertido.

26 de septiembre 1942, 9,30 horas.

Te doy gracias, Dios mío, por haber hecho que encontrara tan completamente a una de tus criaturas en mi carne y en mi alma.

Debería confiarte muchas más cosas, Dios mío. Y dejar de ponerte condiciones: «si conservo mi salud, entonces...» Aunque no tenga buena salud, eso no le impide a la vida continuar y ser siempre la mejor posible. ¿Cómo podría andar con exigencias? Me guardaré muy mucho de hacerlo. Mis dolores de estómago han mejorado de golpe desde que me he “desapegado” de ellos.

Toda esta mañana he estado hojeando mis cuadernos. Los recuerdos me han asaltado por miles. ¡Menudo año, de riqueza tan extraordinaria! ¡Cuántas nuevas riquezas me traía cada día! Gracias

por haberme dado bastante espacio interior para albergarlas a todas. Rilke ha sido sin duda uno de mis grandes maestros de este año; se me confirma a cada instante.

27 de septiembre 1942.

¿Cómo se puede arder por un fuego así y soltar tantas chispas? Todas las palabras, todas las frases utilizadas por mí en el pasado me parecen en este momento grises, pálidas y empañadas, comparadas con esta inmensa alegría de vivir, con este amor y esta fuerza que surgen de mí como llamas.

Mi hermano pianista de veintiún años está una temporada en un instituto psiquiátrico. Me escribe en este enésimo año ya de guerra: «yo también creo, incluso sé que después de esta vida existe otra. Creo incluso que algunas personas son capaces de ver y sentir la presencia de la otra vida en ésta. En ese otro mundo los eternos murmullos de la mística se transforman en viva realidad y los objetos y las palabras de todos los días, en su trivialidad, alcanzan un sentido superior. Es muy posible que después de la guerra, los hombres estén más abiertos a esta realidad y que se convenzan colectivamente de la existencia de un orden superior del mundo».

«Y aunque diera todos mis bienes para el sustento de los pobres, si no tengo amor, de nada sirve».

Tienes suerte de no tener que sufrir más conmigo, pero yo estoy dispuesta a afrontar un poco de frío y de alambradas, y así prolongar tu vida. Lo que en tí era inmortal, yo lo prolongo en mi vida.

Es extraño cómo acabamos siempre por remitirnos a los objetos: Tide me ha regalado ese pequeño peine rosa todo roto que tenía. De hecho, no quiero tener fotos de él, y puede que no pronuncie nunca más su nombre, pero este pequeño y viejo peine rosa, con el que le he visto, durante un año y medio, poner en orden sus ralos cabellos, lo he metido en mi carpeta entre mis papeles más preciados, y me dolería mucho perderlo. El ser humano es decididamente una criatura extraña.

28 septiembre 1942. *Audi et alteram partem.*

El criminal de los gases asfixiantes que se escondía tras un seudónimo, el muguete y la enfermera seducida. Sin embargo, me ha impresionado mucho que ese médico de humor flirteador me haya dicho mirándome con un aire melancólico: «tiene usted una vida espiritual demasiado intensa, eso es malo para su salud, su cuerpo lo lleva mal». Cuando hablé con Jopie, dijo pensativo y en un tono aprobador: «probablemente tenga razón.» He reflexionado mucho sobre esto y estoy cada vez más convencida de que es al revés y se equivoca. Es verdad, llevo una vida intensa, a veces me parece de una intensidad demoníaca y extática, pero renuevo mis fuerzas cada día en la fuente original, en la vida misma, y, de vez en cuando, disfruto del descanso que me ofrece una oración. Y esto, las personas que me dicen «vives con demasiada intensidad» no lo saben; ignoran que uno se puede retirar a la oración como a una celda monacal y así continuar lleno de unas fuerzas renovadas y de una paz reconquistada.

A la mayoría de la gente, creo que es precisamente el miedo a dispersarse demasiado, lo que les priva de sus mejores fuerzas. Cuando, al final de una evolución larga y penosa, seguida día a día, uno viene a reunir en sí mismo esas fuerzas originales que yo he decidido llamar Dios, y se esfuerza en adelante en dejar libre de todo obstáculo el camino que lleva a Dios (y esto se obtiene con un trabajo interior sobre uno mismo), entonces uno se baña y se fortalece constantemente en esa fuente y ya no tiene que temer si derrocha o no demasiadas fuerzas. No creo en constataciones objetivas. Haz infinito de interacciones humanas.

Dicen que has muerto demasiado pronto. Y bien, eso nos priva de un tratado de psicología, pero habrá habido un poco más de amor en el mundo.

29 septiembre 1942.

Decías a menudo: «es un pecado contra el espíritu y habrá que pagarlo. Todo pecado contra el espíritu se paga tarde o temprano».

También yo creo que todo pecado contra la caridad humana debe pagarse, en el hombre mismo y en el mundo exterior.

Una vez más, anoto para mí: *Mateo 6, 34*: «No os preocupéis, pues, por el mañana, porque el mañana ya tendrá sus propias inquietudes. A cada día le basta su afán.»

Tenemos que eliminar a diario, como las pulgas, las mil pequeñas preocupaciones que los días por venir nos inspiran y que corroen nuestras mejores fuerzas creadoras. Adoptamos mentalmente toda una serie de medidas para los días venideros y nada, absolutamente nada sucede como habíamos previsto. A cada día le basta su afán. Hay que hacer lo que hay que hacer y, por lo demás, cuidar de no dejarnos contaminar por las mil pequeñas angustias que son otras tantas muestras de desconfianza respecto a Dios. Todo lo referente a mi permiso de residencia en Amsterdam y a mis vales de racionamiento acabará arreglándose; de nada sirve atormentarse por ahora, más me valdría ponerme con un tema de ruso. Nuestra única obligación moral consiste en desbrozar en nosotros grandes claros de paz y ampliarlos poco a poco, hasta que esa paz irradie hacia los demás. Cuanta más paz haya en los seres, tanta más habrá también en este mundo en ebullición. (págs. 222-227)

12 de octubre de 1942.

Todas mis impresiones están ahí, como estrellas brillando sobre el terciopelo oscuro de mi memoria.

La edad del estado civil no es la misma que la del alma. Creo que cuando nacemos el alma ya ha alcanzado una determinada edad que después no cambia. Se puede nacer con un alma de doce años. Pero se puede nacer también con un alma de mil años; a veces hay niños de doce años en los que se ve muy claro que su alma tiene mil años. Creo que el alma es la parte más inconsciente del ser humano, sobre todo en los europeos del oeste; el oriental “vive” mucho más su alma. El occidental, en el fondo, no sabe muy bien qué hacer con ella, siente vergüenza de ella, como si fuera algo indecente. El alma

es algo muy diferente de los que llamamos “temperamento”. Hay gente que tiene mucho temperamento pero muy poca alma.

Ayer le pregunté a María, hablando de cierta persona: «¿Es inteligente? – Sí –me respondió–, pero sólo racionalmente.» S. decía siempre de Tide: «Tiene la inteligencia del alma.»

Cuando comentábamos, S. y yo, nuestra diferencia de edad, él me decía siempre: “¿Pero quién le dice que su alma no tiene más edad que la mía?”. A veces, cuando siento (como en este momento) elevarse en mí la verdadera grandeza, empiezo a arder por los cuatro costados y a sumergirme en el reconocimiento de esta amistad y de todos aquellos a los que he conocido de un año a esta parte. Aquí estoy, enferma, anémica, más o menos inválida, y, sin embargo, cada minuto es tan fecundo, tan pleno que no sé qué será cuando esté curada. No dejo de elevar hacia ti, mi Dios, el mismo aleluya de gran gratitud por haberme querido dar una vida así. Un alma es una mezcla de fuego y de cristal de roca. Austera y dura como el Antiguo Testamento y, a la vez, dulce como el delicado gesto de la punta de sus dedos acariciando a veces mis pestañas.

Por la noche.

Y después, he aquí de nuevo estos instantes en que la vida parece de una dificultad desesperante. En estos momentos, estoy violenta e inquieta y me siento fatigada a la vez. Esta tarde, después de momentos de intensa emoción creativa, he vuelto a caer en un estado de agotamiento, es como si hubiera esparcido mis semillas.

No me queda más que tenderme inmóvil bajo mis mantas y esperar pacientemente a que este abatimiento, a que esta “pequeña muerte” se desprenda de mí y me abandone. Antes, cuando estaba en un estado así, hacía tonterías, bebía con los amigos, pensaba en el suicidio o pasaba noches enteras leyendo sin orden ni concierto cien libros a la vez. Hay que saber aceptar los momentos en que la creatividad nos abandona; cuanto más sincera es la aceptación, tanto más aprisa pasan tales momentos. Hay que tener el coraje de darse una

pausa. Hay que atreverse a veces a sentirse vacío y abatido. – Buenas noches, querido arbolillo.

Al día siguiente, temprano

Hago molinetes salvajes agitando mi pequeño lápiz como una guadaña, sin lograr, aun así, cortar la espesa vegetación de mi espíritu.

Hay gente que llevo en mí como botones de flores a las que dejo que se abran en mi interior. Otros, los llevo en mí como úlceras, hasta que revientan y supuran (Frau Bierenhak).

Vorwegnehmen. No conozco una buena traducción holandesa de esta palabra. Desde ayer por la noche, desde lo hondo de mi cama, asimilo un poco del sufrimiento infinito que, diseminado por el mundo entero, espera almas que lo asuman. Yo acopio un poco de este sufrimiento en previsión del invierno. Esto no se hace en un día. Tengo una dura jornada por delante. Voy a quedarme acostada y tomaré, por decirlo así, un “adelanto” de todas las duras jornadas que me quedan aún.

Cuando sufro por las debilidades, ¿no es sufrir, de hecho, por la debilidad que siento en mí? He quebrado mi cuerpo como el pan y lo he compartido entre los hombres. ¿Y por qué no? Pues ellos estaban hambrientos y salían de largas privaciones.

No me canso de citar a Rilke en cualquier ocasión. ¿No es esto extraño? Era un hombre frágil que escribió una buena parte de su obra entre los muros de los castillos donde lo acogían y, si hubiera tenido que vivir en las condiciones que nosotros conocemos hoy, no lo hubiera podido resistir. Pero, ¿no es acaso propio de una buena economía precisamente el hecho de que, en épocas tranquilas y en circunstancias favorables, algunos artistas de gran sensibilidad dispongan de ocio para buscar, con toda serenidad, la forma más bella y adecuada para expresar sus intuiciones más profundas a fin de que los que viven tiempos más turbulentos y devoradores puedan reconfortarse con sus creaciones y encontrar en ellas un refugio en condi-

ciones ante los desasosiegos y las cuestiones que no saben ni expresar ni resolver pues las angustias de cada día requieren toda su energía? En los tiempos difíciles, nos dejamos ir muy a menudo y rechazamos, con un gesto despectivo, la adquisición espiritual de los artistas de épocas que creemos más fáciles (¿pero acaso no es siempre duro ser artista?) y nos preguntamos: ¿para qué sirve lo que hacen? Reacción comprensible pero hartamente miope. E infinitamente empobrecedora.

Quisiera ser un bálsamo derramado sobre tantas heridas. (págs. 243-246; fin del *Diario*)

CARTAS DE WESTERBORK

*Extractos de una carta a dos hermanas de La Haya,
final de diciembre de 1942*

(...) Los que disfrutan del privilegio, extenuante para los nervios, de poder quedarse en Westerbork “hasta nueva orden” están expuestos a un grave peligro moral: el de la costumbre y el endurecimiento.

El cúmulo de sufrimiento humano que se ha ofrecido a nuestros ojos durante los seis últimos meses, y que sigue ofreciéndose cada día, supera con mucho la dosis asimilable por un individuo en un período así. Por eso oímos repetir a nuestro alrededor todos los días y en todos los tonos: «no queremos pensar, no queremos sentir, queremos olvidar lo antes posible». Me parece que hay ahí un grave peligro.

Es verdad, pasan cosas que nuestra razón, en otro momento, no hubiera creído posibles. Pero quizás haya en nosotros otros órganos aparte de la razón, que nos son desconocidos y que nos permiten concebir estas cosas que nos dejan estupefactos. Yo creo que a cada suceso le corresponde un órgano en el hombre, por el que puede asimilarlo.

Si sólo salvamos de los campos, dondequiera que estén, nuestra piel y nada más, será completamente insuficiente. Lo que importa, en

efecto, no es seguir vivo a cualquier precio sino el modo de seguir estándolo. A veces me parece que toda situación nueva, mejor o peor, lleva en sí la posibilidad de enriquecer al hombre con nuevas intuiciones. Y, si abandonamos a la decisión del destino las duras realidades a las que estamos confrontados irrevocablemente, si no les ofrecemos un techo en nuestras cabezas y en nuestros corazones para dejar que se posen y se transformen en factores de maduración, en sustancias de las que podamos extraer un significado, quiere decir que nuestra generación no está preparada para la vida.

Ya sé que no es tan sencillo, y menos aún para nosotros, los judíos, que para otros. Pero, si a la indigencia generalizada del mundo de posguerra sólo podemos ofrecerle nuestros cuerpos salvados a costa de haber sacrificado todo lo demás y no ese nuevo sentido brotado de los abismos de nuestra angustia y de nuestra desesperación, será completamente insuficiente. Desde el recinto mismo de los campos, nuevos pensamientos deberían irradiar hacia el exterior, nuevas intuiciones deberían extender la claridad y, más allá de nuestra clausura de alambradas, unirse a otras intuiciones nuevas que se habrán conquistado fuera de los campos al precio de igual cantidad de sangre y en unas condiciones que, poco a poco, se habrán ido volviendo igual de penosas. Sobre la base común de una búsqueda sincera de respuestas apropiadas para iluminar el misterio de estos acontecimientos, nuestras vidas precipitadas fuera de su curso natural, ¿no podrían suponer un prudente paso adelante?

Por eso me ha parecido que era un grave peligro escuchar repetidamente a mi alrededor: «No queremos pensar, no queremos sentir, lo mejor es endurecerse ante toda esta desgracia». El sufrimiento, sea cual sea la forma en que nos toque, ¿acaso no pertenece también a la existencia humana? (...)

¿Y los ancianos? Todos estos viejos gastados y encorvados, ¿de qué sirve restregarles por la cara mis principios filosóficos? De toda la historia de Westerbork, el capítulo más triste será, seguramente, el de las personas mayores. Será tal vez más impresionante que el suceso de

los mártires de Ellecom, cuando su mutilación hizo correr un escalofrío de horror por todo el campo.

A unas personas jóvenes y sanas se les podría decir que la Historia carga sobre nuestros hombros un destino excepcional, y que tenemos que hallar en nosotros la grandeza que nos permita sostener ese peso –cosas que uno puede pensar y poner en práctica en su propia vida. Podríamos decirles que estamos en el derecho de poder considerarnos soldados de primera línea si bien el frente al que se nos envía es muy particular. En apariencia estamos condenados a una pasividad total y, sin embargo, ¿quien puede impedir que movilizemos nuestras fuerzas interiores? Pero, ¿habéis oído hablar alguna vez de soldados de ochenta años blandiendo como única arma el bastón blanco de los ciegos?

Un día de verano, de buena mañana, me cruzo con un hombre que no para de refunfuñar con aire aturdido: «¿ha visto usted lo que nos han enviado como “trabajadores para Alemania”?» Me dirigí apri-sa hacia la entrada del campo y llegué en el momento en que los “descargaban” de unos desvencijados camiones oscilantes: un sin fin de ancianos. Nos quedamos allí plantados, sin una sola palabra que decirles. Pero, después de algún tiempo, ya lo encontramos normal, y, cuando llegaba un nuevo convoy, nos preguntábamos: «¿habrá muchos ancianos e inválidos esta vez?».

Una viejecita había olvidado sus gafas y el frasquito de sus píldoras “en casa”, encima de la chimenea: qué podría hacer para recuperarlas, preguntaba; y, además, ¿dónde estaba exactamente? y ¿adónde de la llevaban? Una mujer de ochenta y siete años se agarraba a mi mano con tanta fuerza que me pareció que ya no la soltaría nunca. Me contaba que los escalones de su casa habían relucido siempre de puro limpios, y que ni una sola vez había echado la ropa bajo la cama al acostarse ⁽¹⁵⁾. Y aquel señor menudo, de setenta y nueve años. Cincuenta y dos años de matrimonio, según me dijo, su mujer en tratamiento en el hospital de Utrecht, y a él se lo iban a llevar lejos de Holanda al día siguiente... Podría continuar así páginas y páginas, y

sólo podríais daros una vaga idea de esta masa que se arrastra y tropieza, que está hundida, privada de todo, con sus preguntas ingenuas e infantiles. Aquí las palabras sólo son un flaco recurso, y ponerle a alguien la mano en el hombro supone a veces una carga demasiado pesada. Verdaderamente, estas personas mayores constituyen un capítulo aparte. Sus gestos torpes y sus rostros apagados pueblan aún las noches insomnes de muchos de nosotros. (...)

La gran angustia, el grito angustiado de Westerbork, comienza verdaderamente en estos inmensos barracones levantados a toda prisa, en estos hangares de tablas separadas, atestadas de cargas humanas y donde, bajo el cielo de ropa que ponen a secar centenares de personas, los camastros de hierro se apilan en tres niveles.

Los pobres franceses no sabían que, en los camastros que construyeron –tal como me han dicho– para su línea Maginot, unos judíos exilados en una landa perdida de Drenthe iban a pasar sus noches de ansiedad, pobladas de pesadillas. En estas literas se vive, se muere, se come, se permanece clavado por la enfermedad, se pasan las noches de insomnio oyendo llorar a los niños y dando vueltas a la misma pregunta: ¿por qué no recibimos siquiera una sola noticia de los miles y miles que han salido de aquí?

Bajo las literas se apilan maletas, en los barrotes de hierro cuelgan mochilas pues no hay ningún otro sitio donde poner las cosas. El resto del mobiliario se compone de mesas de madera tosca y bancos estrechos también de madera. En cuanto a las condiciones de higiene, prefiero no decir nada por pudor pues me vería obligada a dar detalles nada agradables. Diseminadas por la inmensa sala, algunas estufas dispensan justo el calor suficiente para que los viejecitos se aglutinen a su alrededor. ¿Cómo haremos para pasar el invierno en estos barracones? Todavía nos hacemos esta pregunta.

Estos grandes almacenes humanos se han montado todos igual en pleno barro y digamos que equipados con la misma sobriedad. Pero lo extraño es que, pasando por el barracón, a veces se tiene la impresión de atravesar un miserable tugurio mientras que otras hace

casi el efecto de un barrio burgués. Más chocante aún: se diría que cada litera y cada mesa de madera segrega su propia atmósfera.

En uno de estos barracones vi una noche, por ejemplo, arder una vela bajo una tulipa de cristal. Siete u ocho personas se reúnen allí y le llamamos “el rincón de los artistas”. Si se avanza unos pasos más adelante, hay igualmente siete u ocho personas alrededor de la siguiente mesa donde descansan sin orden, en lugar de velas, algunas cacerolas sucias: es la única diferencia pero da la impresión de entrar en otro mundo.

Unas condiciones de vida así no bastan, aparentemente, para producir seres humanos semejantes. Entre los que fracasan en este árido lienzo de tierra de quinientos metros de ancho por seiscientos de largo, se encuentran también las vedettes de la vida política y cultural de las grandes ciudades. Los decorados teatrales que les protegían de pronto se los ha llevado por delante un formidable escobazo. Y aquí están, todavía temblando y desorientados, sobre este escenario desnudo y abierto a los cuatro vientos que se llama Westerbork. Sus rostros, arrancados de su contexto, llevan todavía la aureola de la atmósfera palpable que se adhiere a la vida agitada de una sociedad más compleja que ésta. Vagan a lo largo de las delgadas alambradas y sus frágiles siluetas vulnerables se recortan en tamaño real sobre la inmensa llanura del cielo. Hay que haberlos visto andar así... La sólida armadura que les habían forjado la notoriedad, la fortuna y la posición social ha caído en pedazos y les ha dejado, por todo vestido, la delgada camisa de su humanidad. Se encuentran en un espacio vacío, delimitado sólo por el cielo y la tierra, que ellos mismos tendrán que amueblar con sus propios recursos interiores – lo único que les queda. Hoy nos damos cuenta de que esto no basta. Hoy nos damos cuenta de que no basta en la vida con ser un político hábil o un artista de talento. Cuando se llega al fondo del desamparo, la vida exige otras cualidades muy distintas. Sí, es cierto, se nos medirá con la vara de nuestros valores humanos últimos.

En esta extensa charla es posible que os haya dado la impresión de que os he descrito, efectivamente, todo Westerbork. Pero, cuando evoco en mi mente Westerbork con todas sus facetas, su historia agitada y su ruina material y moral, sé que no lo he conseguido. Y, por añadidura, es un relato muy subjetivo. Comprendo que se pueda hacer otro, más marcado por el odio, la amargura y la rebeldía. Pero la rebeldía que sólo nace cuando la desgracia nos alcanza personalmente no es auténtica y nunca podría dar buenos frutos. Y la ausencia de odio tampoco implica necesariamente la ausencia de una elemental indignación moral. Sé que los que odian tienen buenas razones para hacerlo. Pero ¿por qué hemos de elegir siempre la vía más fácil, la más trillada? En el campo he sentido muy fuerte el hecho de que cada átomo de odio que añadimos a este mundo nos lo hace todavía más inhóspito de lo que ya es. Y pienso también –quizás con pueril ingenuidad, aunque también con tenaz convicción– que esta tierra sólo puede llegar a ser un poco más habitable gracias al amor: ese amor del que habló un día el judío Pablo a los habitantes de la ciudad de Corinto en el capítulo trece de su primera carta. (págs. 263-270)

Sábado, 3 de julio 1943, a Johanna y Klaas Smelik⁽¹⁶⁾ y otros

Jopie, Klaas, queridos amigos:

Echada en el tercer piso de mi litera voy a tratar de desencadenar una pequeña bacanal epistolar ya que hay todavía tiempo: dentro de unos días, la barrera volverá a caer sobre nuestra libre correspondencia, me convertiré en “residente” del campo y no tendré derecho más que a una carta por quincena, que deberé remitir abierta. Y aún tengo que hablaros de algunas cosillas. ¿Realmente he podido escribir algo que os haga pensar que perdía fuerzas? No lo puedo creer. Hay momentos, es verdad, en los que se piensa no poder más. Sin embargo, siempre se continúa –y uno acaba por darse cuenta de esto. Sólo el paisaje de alrededor parece haber cambiado de repente: un cielo bajo y plomizo pesa sobre uno, hasta trastocar su sentimiento de la vida y tener, de pronto, un corazón gris y viejo, de mil años. Pero no siempre es así. El ser humano es una criatura extraña. Aquí vivimos en medio de una miseria

indescriptible. En los grandes barracones vivimos verdaderamente como ratas en una alcantarilla. Vemos a muchos niños morir. Vemos también a muchos otros con buen aspecto. La semana pasada, en plena noche, llegó un convoy de prisioneros. Rostros céreos y diáfanos. Nunca había visto en un rostro tanta fatiga y agotamiento. Aquella noche los “filtramos”: registro, segundo registro, cacheo por una banda de mocosos del NSB ⁽¹⁷⁾, cuarentena, un calvario de varias horas. Por la mañana temprano, se les amontonó en vagones de mercancías. Justo antes de pasar la frontera, su tren fue ametrallado en una nueva parada. Después, tres días de trayecto hacia el Este. Camillas de papel en el suelo para los enfermos. Para los demás, vagones desnudos con un tonel en el medio, y setenta personas de pié, encerradas dentro. Sólo se les permite llevar un hatillo. Me pregunto cuántos llegarán vivos. Y mis padres se preparan para uno de esos convoyes, a menos que la solución Barneveld ⁽¹⁸⁾ se dé, contra toda previsión. Estuve paseando con mi padre, luchando contra una especie de viento de arena. Es encantador, como siempre, y da prueba de un gran estoicismo. Me dijo, con un tono amable y tranquilo, con desapego: «de hecho, preferiría partir para Polonia lo antes posible. Terminaría antes, llegaría allí en tres días. No tiene ningún sentido prolongar esta existencia tan degradante. ¿Porqué se me tendría que ahorrar a mí lo que les está ocurriendo a otros miles de personas?» Luego, bromeamos sobre el paisaje, un verdadero desierto, a pesar de los matorrales, los claveles silvestres y unos graciosos pájaros que parecen gaviotas. «¡Los judíos en el desierto! ¡Hace mucho tiempo que conocemos este paisaje!» Quizás os choque, un papá mayor y tan amable, que, en algunos momentos, está dispuesto a la renuncia. Pero son cambios bruscos de humor. Hay también otros momentos en los que reímos juntos y nos asombramos de un montón de cosas. Nos encontramos con muchos parientes a los que habíamos perdido de vista hace años, algunos juristas, un bibliotecario, que empujan vagones de arena vestidos ridículamente con su mono de trabajo mugriento, y nos lanzamos breves miradas sin decirnos gran cosa. La noche de partida de un convoy, un joven gendarme holandés me dijo en tono triste: «una noche como ésta me hace perder cinco

libras; y además, no tengo otra cosa que hacer sino oír, ver y callar». Si no os escribo mucho es por esto también. Sólo quería deciros esto: el desamparo es grande y, sin embargo, por la noche, cuando el día transcurrido se ha oscurecido detrás de mí en las profundidades, me sucede a menudo que bordeo con paso ágil las alambradas y siempre –sin poder evitarlo, de veras, pues es algo que procede de una fuerza elemental– siento subir de mi corazón el mismo arrobamiento: la vida es algo maravilloso y grande. Después de la guerra tendremos que construir un mundo enteramente nuevo. Y a cada nueva exacción, a cada nueva crueldad, debemos oponerle un pequeño añadido de amor y de bondad a conquistar en nosotros mismos. Tenemos derecho a sufrir pero no a sucumbir al sufrimiento. Y, si sobrevivimos a esta época indemnes de cuerpo y alma, sobre todo de alma, sin amargura y sin odio, tendremos también nuestra palabra a decir después de la guerra. Puede que sea una mujer ambiciosa: me gustaría mucho tener una palabra que decir.

Hablas de suicidio, hablas de madres y de niños. Cierto, comprendo todo eso, pero me parece un tema malsano. Hay un límite a todo sufrimiento. Quizá un ser humano no recibe más sufrimiento sobre sus espaldas del que puede soportar – y si el límite se alcanza, muere por él mismo. Hay aquí, a veces, gentes que mueren por tener el espíritu roto, porque ya no captan el sentido de sus pruebas – gentes jóvenes. Los viejos, los muy viejos, se arraigan aún en un suelo más poderoso y aceptan su suerte con dignidad y estoicismo. ¡Ah! se ven aquí tantas gentes distintas, cuya actitud ante las cuestiones más arduas, las últimas, sorprende...

Voy a intentar describiros cómo me siento, pero no sé si mi imagen será acertada. Cuando una araña teje su tela, lanza primero los hilos principales y después trepa por ella ¿No es así? La arteria principal de mi vida se alarga muy lejos ya ante mí y alcanza otro mundo. Se diría que todos los acontecimientos presentes y futuros ya se tuvieron en cuenta en alguna parte de mí, ya los asimilé y viví, y ya trabajo para construir una sociedad que sucederá a esta. La vida que llevo aquí no merma mi capital de energía –la física se desmorona un poco

y a veces se cae en abismos de tristeza— pero en lo nuclear del propio ser se es cada vez más fuerte. Me gustaría que os pasara lo mismo a vosotros y a todos mis amigos, es preciso pues inos queda tanto por hacer y por vivir juntos! Por eso os pido que mantengáis firmemente vuestras posiciones interiores una vez que las hayáis conquistado y, sobre todo, que no estéis tristes o desesperados al pensar en mí porque, verdaderamente, no hay porqué.

Los Levie están pasando momentos difíciles, pero son de los que se sobreponen pues tienen recursos interiores inmensos a pesar de su frágil salud. Los niños están a veces muy sucios; la higiene es el problema más grave aquí. Os daré más noticias de ellos en otra carta. Os adjunto unas palabras que había empezado a esbozar para mis padres pero que no he podido enviar. Quizá encontraréis en ellas algo de interés. Tengo también un favor que pidiros si no es excesivo: me gustaría tener una almohada, por ejemplo un viejo cojín de diván; la paja es un poco dura a la larga. Desgraciadamente, desde provincias sólo podemos enviar paquetes con tarifa de carta y sólo hasta dos kilos, y un cojín quizás sería demasiado pesado. Pero, si vas a Amsterdam a ver a Han (espero que le seas muy fiel y que quieras llevarle esta carta como las anteriores), ¿podrías expedirla desde allí? Aparte de esto, mi único deseo es saber que estáis bien y que tenéis la moral alta; enviadme de vez en cuando una palabra de nada y de todo.

Muy, muy afectuosos recuerdos,

Etty

(págs. 286-289)

A Henny Tideman (¹⁹), *miércoles 18 de agosto 1943.*

Querida pequeña Tide:

Al comienzo, quería dejar pasar mi día de correo de tan cansada como estaba y porque creía que no tenía nada que contar esta vez. Pero, bien mirado, tengo mucho que contar. Sin embargo, prefiero dejar fluir mis pensamientos y que salgan libremente hacia vosotros, que acabaréis recogiénolos. Esta tarde estaba descansando en mi

litera cuando, de repente, sentí que debía anotar esto en mi diario⁽²⁰⁾. Te lo envío:

«Dios mío, tú que me has enriquecido tanto, permíteme también dar a manos llenas. Mi vida se ha convertido en un diálogo ininterrumpido contigo, un largo diálogo. Cuando me encuentro en un rincón del campo, con los pies plantados en tu tierra y los ojos levantados a tu cielo, el rostro se me inunda a menudo de lágrimas, de emoción interior y de gratitud. También por la noche, cuando acostada en mi litera me recojo en ti. Lágrimas de gratitud inundan a veces mi rostro y esta es mi oración.»

Estoy muy cansada desde hace unos días pero ya se me pasará, como todo lo demás. Todo progresa siguiendo un ritmo profundo, un ritmo propio en cada uno de nosotros. Se debería enseñar a la gente a escuchar y a respetar ese ritmo: es lo más importante que un ser humano puede aprender en esta vida. No lucho contigo, mi Dios. Mi vida no es más que un largo diálogo contigo. Puede que no llegue a ser nunca la gran artista que quisiera ser pues estoy demasiado bien resguardada en ti. A veces quisiera grabar a punta seca pequeños aforismos y pequeñas historias vibrantes de emoción. Pero la primera palabra que me viene a la mente –siempre la misma– es “Dios”, que lo contiene todo y que vuelve inútil lo demás. Toda mi energía creadora se convierte en diálogos interiores contigo. El oleaje de mi corazón se ha vuelto más amplio desde que estoy aquí, más animado y más apacible a la vez, y tengo la impresión de que mi riqueza interior se incrementa sin cesar.»

Inexplicablemente, Julius planea sobre esta landa durante los últimos tiempos. Sigue alimentándome día a día. Sin duda hay milagros en una vida humana. Mi vida es una sucesión de milagros interiores, y es bueno podérselo decir a alguien. Tu foto la guardo en el Libro de horas de Rilke, al lado de la de Jul. Las pongo bajo mi almohada, con la pequeña Biblia. Tu carta con las citas ha llegado; sigue escribiendo, sí. Cuídate mucho, querida amiga.

Etty

(págs. 316-317)

NOTAS

(¹) Es de una figurilla o de un retrato que Etty tiene encima de su escritorio, a la que alude en numerosas ocasiones en su *Diario*.

(²) Las páginas de la edición francesa resaltan la condición fragmentaria de esta selección.

(³) Dicky de Jonge, un vecino de Spier. Etty escribe “S.” para mencionar a Spier.

(⁴) Falta una palabra en el manuscrito.

(⁵) De forma alusiva, el razonamiento de Etty es: los alemanes han establecido un número de personas que deportar y lo cumplirán a toda costa; los que se escapan serán automáticamente remplazados por otros. Evidentemente, Etty acepta, aquí y en otros lugares, la tesis oficial de los alemanes: los deportados serán llevados a campos de trabajo.

(⁶) Los miembros del Consejo judío estaban exentos –provisionalmente al menos– del “trabajo obligatorio”.

(⁷) Etty había seguido su diario hasta el 29 de julio. Después lo interrumpió hasta el 5 de septiembre de 1942. Su vida se había acelerado dramáticamente. La reclamaron al campo de Westerbork y tuvo que partir. Pero su vida no fue menos conmocionada por la súbita enfermedad y muerte de Spier. A comienzos de septiembre se le autorizó a Etty el regreso a Amsterdam por unos días. Llegó enferma. En el último cuaderno que se conserva, Etty describe la muerte de Spier, habla de su nostalgia de Westerbork y evoca algunos pocos recuerdos de las gentes y situaciones que dejó allí.

(⁸) Subrayado por Etty; sus cartas se publicaron con este título.

(⁹) «Vamos, vamos corazón mío, con alegría».

(¹⁰) Joop (Jopie) Vleschower, amigo de Etty en Westerbork. Presente en Amsterdam en el momento de la muerte de S. Joop regresaba al campo cuando Etty escribe.

(¹¹) Klaas Smelik (ver nota 16).

(¹²) En el campo de Westerbork, la administración ordinaria y una parte del servicio de orden la hacían judíos, a los que supervisaban guardias holandeses y alemanes, poco numerosos.

(¹³) El fichero de detenidos del campo. Cada semana, al partir el convoy, se retiraban las fichas de los recién deportados.

(¹⁴) Una calle muy conocida del sur, rodeada de edificios todos parecidos.

(¹⁵) Cosa que tenía que hacer en el campo pues no había donde ponerla.

(¹⁶) Klaas Smelik (1879-1986), periodista y escritor. Tuvo una breve relación sentimental con Etty cuando ésta tenía veinte años, unos ocho o nueve años antes. Después siguieron tratándose pero Etty se relacionó, sobre todo, con su hija Johanna (Jopie). Klaas y Johanna habían pedido a Etty que se ocultase y le ofrecieron “direcciones”, pero ella siempre lo rechazó.

(¹⁷) El Movimiento nacional-socialista holandés (Nationaal- Socialistische Beweging) aportaba auxiliares para diversas funciones de la policía alemana. Este partido que, pese a su nombre, era inicialmente más nacionalista que pro-nazi, les interesaba a los alemanes como reserva para sus divisiones de la SS.

(¹⁸) Por iniciativa de un alto funcionario holandés, Frederiks, los alemanes aceptaron crear en dos grandes casas del municipio de Barneveld una especie de “campo de élite” para intelectuales y miembros de la buena sociedad. Se llenó con unas seiscientas personas. Funcionó desde diciembre de 1942 hasta septiembre de 1943, en que se les transfirió a Westerbork y, tras un año, a Theresienstadt. La mayor parte sobrevivieron a la deportación. El traslado a Barneveld del hermano Misha y los padres de Etty era imposible porque, por esas fechas, los alemanes ya habían decidido que iban a cerrar ese campo.

(¹⁹) “Tide”, siete años mayor que Etty, pues nació en 1907, fue, desde 1939, una de las amigas más incondicionales de Julius Spier, en cuya casa se conocieron ambas. Etty y ella compartían una misma veta espiritual.

(²⁰) No se han encontrado los cuadernos de Etty en Westerbork.